

CAPÍTULO X

CONFLICTO Y CAMBIO SOCIAL

I. EL CONFLICTO SOCIAL

El conflicto como clave de interpretación de los acontecimientos políticos y sociales tiene una larga tradición histórica, pero fue durante los siglos XVIII y XIX cuando alcanzó cierta coherencia teórica. Vamos a describir algunas de las diversas teorías sobre el conflicto social y su evolución. ROUSSEAU, por ejemplo, creía que el conflicto era el resultado de la convivencia social. La guerra no es un conflicto de los hombres individuales en estado de naturaleza sino que es un fenómeno social. El hombre hace la guerra como miembro de una comunidad organizada. Las relaciones entre los hombres, en las que unos son ricos y otros pobres, algunos dominan y otros son dominados, dan origen a la hostilidad y al conflicto entre ellos (ZEITLIN). ROUSSEAU sostenía que en el estado natural de los seres humanos reinaban la tranquilidad y la paz, y la regla era la abundancia de bienes, no la escasez, lográndose así un perfecto equilibrio entre el hombre y su ambiente. Los hombres crearon la sociedad como forma contractual de convivencia sólo después de que se alterara ese equilibrio y finalmente desapareciera. La condición social llevó, por tanto, a la desigualdad, la desigualdad a la guerra y la guerra al Estado civil (ZEITLIN).

Esta manera de entender la naturaleza humana y la formación de la sociedad se oponía a la de otros pensadores como HOBBS, por ejemplo, para quien la guerra entre los hombres en estado de naturaleza les llevaba a buscar y establecer un Estado civil fuerte con el fin de escapar del conflicto permanente y para su seguridad y protección mutuas. Para HOBBS, como para MAQUIAVELO, la naturaleza humana es fundamentalmente mala y las principales formas de lucha aparecen con la rivalidad entre los seres humanos para saciar apetitos idénticos, como el deseo insaciable de reconocimiento y admiración y el deseo de conquista. Por eso necesitaban defenderse los unos de los otros eligiendo al más fuerte y prometiéndole obediencia. En estado de naturaleza el hombre está en estado de guerra.

Esta especie de contrato forzoso (inevitable) que se establece entre los humanos para que otro les gobierne no es aceptable para Rousseau, porque está desprovisto de fundamento ético. Para que la autoridad tenga un valor moral el individuo deberá someterse libremente a la voluntad general, no a otro individuo o grupo. El problema era hallar una forma de sociedad en la que cada uno de sus miembros, aunque estuviera vinculado a la organización política, permaneciera libre e igual a los demás. Esta solución pasaba por un *contrato social* en el que la nueva sociedad permitiese la absorción del individuo en la voluntad común sin perder la suya propia, a fin de formar así una sociedad de iguales (ZEITLIN).

Muchas de estas proposiciones de la filosofía social y política del siglo XVIII fueron aplicadas más tarde a los fenómenos económicos. Así, por ejemplo, las ideas básicas de los economistas fisiócratas fueron: 1) la libre y absoluta competencia en los asuntos económicos, porque sólo así se podría lograr la máxima productividad y 2) de tal manera que las fuerzas naturales conciliarían las exigencias tanto de los individuos como de los grupos. La teoría tradicional entendía el Estado como una institución encargada de equilibrar las fuerzas o tensiones surgidas de los conflictos entre los individuos. Para los fisiócratas el problema más importante era la lucha por las necesidades de la vida.

En este sentido podríamos citar también al inglés MALTHUS, para quien la competencia era la lucha por los valores escasos que no todos pueden conseguir. La competencia es positiva en cuanto produce valores, pero pierde esta propiedad en el momento en que haya una necesidad de valores mayor que los que la competencia puede producir. En el ámbito de la economía clásica la lucha y el conflicto por los recursos escasos juega también un papel importante. Adam SMITH entendía que la competitividad era fundamental, porque la lucha de todos contra todos en la prosecución de los intereses particulares tenía como resultado el bien universal y el equilibrio de la sociedad.

En el siglo XIX uno de los exponentes más importantes de la teoría del conflicto fue Karl MARX. Para él no existe armonía entre la naturaleza y el hombre. Al contrario, mediante el trabajo y la técnica el hombre trata de apoderarse de la naturaleza para ponerla a su servicio y en ese intento genera un dominio tanto sobre ella como sobre los demás hombres. El interés particular se opone con frecuencia al interés general, y las personas y los grupos humanos luchan por imponer su predominio en la sociedad. El conflicto entre intereses contrapuestos no afecta sólo a las relaciones productivas dentro de la estructura social, sino que todo el sistema sufre una transformación y evoluciona hacia nuevas formas de convivencia.

El marxismo se presenta no sólo como una interpretación científica de la sociedad sino como un arma ideológica de pensamiento político que trata de cambiarla a través del conflicto. Ya hemos visto que el posicionamiento de los individuos y los grupos en clases sociales genera una lucha por la igualdad en la que el conflicto social, la alianza de clases en momentos históricos determinados e incluso la violencia desempeñarán un papel importante en la transformación y el cambio de las instituciones que reflejan el sistema de producción. Así pues, el conflicto debe mirar al cambio y superación de las relaciones contradictorias que los humanos tenemos con la naturaleza y entre nosotros mismos a través de las técnicas, la organización y la división del trabajo social.

En el ámbito de la teoría funcionalista normativa, desde DURKHEIM a PARSONS, se acentuó el estudio de las normas y los valores comunes descuidando la importancia que tenían la distribución del poder y los recursos escasos como variables explicativas de la estructura social. Para DURKHEIM la cuestión social era una cuestión moral que involucraba la relación de los individuos con la totalidad social, y no la contienda por el poder, el status o la riqueza. DURKHEIM estaba tan interesado por el estudio de la cohesión social que descuidó el examen de los fenómenos que provocan el conflicto; acentuó la función integradora de la religión; no apreció debidamente el sentido de la innovación y del cambio porque estaba preocupado por el orden y equilibrio sociales y dejó de analizar el poder y la violencia en la estructura política de la sociedad porque se interesaba demasiado por los factores

que contribuían a la armonía social. La jerarquía cumple una función importante en la sociedad y la violación del principio jerárquico sólo puede deberse a factores patológicos. Para este autor una sociedad dividida no puede ser ni normal ni moral. La sociedad buena es integradora. Consciente de la debilidad de los cimientos en los que se apoyaba la Tercera República francesa, consideró que su tarea principal era contribuir al desarrollo de un nuevo orden moral republicano (COSER).

Otro estudioso que a comienzos del siglo XX consagró numerosas páginas al conflicto fue SIMMEL, quien afirmaba que la sociedad tiene tanta necesidad de asociación como de competición y que, lejos de ser motivo de disfunción social, el conflicto es una fuente de regulación que invade y estructura una multitud de campos y de formas sociales (familia, partidos políticos, industria, iglesia). SIMMEL detalla las numerosas propiedades del conflicto: le da al individuo la sensación de no ser aplastado completamente en una relación social, saca a la superficie las disensiones internas, estructura las relaciones sociales y refuerza, cuando no crea, la identidad social. Este autor subrayó la influencia que puede ejercer el conflicto en el desarrollo del cambio social.

Después de la segunda guerra mundial se desarrolló una teoría social del conflicto como alternativa a la teoría marxista de las clases sociales y se aplicó sobre todo al análisis del proceso de industrialización. Algunos autores subrayaron el hecho de que las sociedades industriales modernas se caracterizan por dos rasgos contradictorios; por una parte se proclama la igualdad en base a los derechos políticos de los ciudadanos, pero por otra éstos se estructuran en una jerarquía de desigualdades económicas y sociales como consecuencia del funcionamiento del sistema productivo. T. H. MARSHALL, por ejemplo, subrayó la contradicción entre la tendencia igualitaria del desarrollo paulatino de los derechos y libertades del ciudadano y la estructura de clases que pervive en el sistema capitalista anclado en los mecanismos del mercado. El principio de igualdad de oportunidades que proclama el Estado social de derecho choca con la realidad desigual de los resultados.

Incluso autores que subrayan el consenso social y la integración del sistema capitalista como objetivo primordial de su análisis no dejan de reconocer la situación conflictiva de la sociedad industrial. Así, PARSONS observa una tendencia al conflicto derivada de los hechos siguientes: 1) El carácter competitivo de la estructura ocupacional, que establece una jerarquía de prestigio y una desigualdad de oportunidades. 2) La existencia de autoridad y disciplina en la organización, que genera resistencias entre quienes obedecen. 3) La tendencia de los poderosos a explotar a los más débiles. 4) La tendencia a desarrollar distintas «culturas» por parte de quienes se encuentran situados en zonas diferentes de la estructura social, lo cual dificulta la comunicación entre los grupos y exige buscar mecanismos efectivos de integración. 5) La imposibilidad del sistema de establecer una estricta igualdad de oportunidades. Todos estos factores generan conflictos crónicos entre las clases y atentan contra la integración del sistema. De ahí la preocupación de este autor por encontrar fórmulas integradoras que lo mantengan en equilibrio (GONZÁLEZ SEARA).

En el ámbito de quienes desean subrayar su función integradora, uno de los primeros autores que sistematiza las funciones positivas del conflicto es COSER, quien retoma algunas de las intuiciones de SIMMEL. Se trata de explicitar el carácter funcional del conflicto social:

a) Los sistemas sociales no están organizados alrededor de un consenso sobre los valores sino que implican situaciones conflictivas en aspectos fundamentales.

b) La existencia de tal situación tiende a crear, no una sociedad unitaria, sino una sociedad pluralista en la que hay diversas clases. Las actividades de los miembros del sistema adquieren significado sociológico y deben ser explicadas en referencia a los intereses de los grupos en situación de conflicto.

c) En la mayoría de los casos la situación conflictiva estará caracterizada por un desequilibrio de poderes, de modo que una de las clases surgirá como clase dominante que tratará de obtener el reconocimiento y la legitimidad de su posición entre los miembros de las otras clases.

d) La relación de poder entre la clase dominante y la dominada puede modificarse como resultado de cambios ocurridos en una serie de factores que aumenten la posibilidad de resistencia o revolución por parte de esta última. Entre estos factores se encuentran el liderazgo, la capacidad de organización y la violencia.

De esta manera el conflicto cumple una serie de funciones positivas que ayudan a la integración, mantenimiento, cambio y renovación del sistema social.

Una respuesta crítica más directa a la teoría del conflicto basada en las clases sociales es la de R. DAHRENDORF, quien afirma que la intensidad del conflicto de clases en las sociedades capitalistas del siglo XIX se debe a la superposición del conflicto político y el conflicto industrial, fenómeno que ha desaparecido a lo largo del siglo XX, en el que los conflictos social y político se han disociado. Para este autor no es la propiedad de los medios de producción sino el control de éstos y la dominación quienes constituyen los determinantes del conflicto social moderno. Más exactamente, es la distribución desigual de la autoridad entre personas y grupos lo que constituye la fuente estructural de los conflictos. La distribución desigual de la autoridad en la iglesia, la industria y las organizaciones priva a los individuos de este recurso.

DAHRENDORF afirma que, en lo que va de siglo, el capital y el trabajo han sufrido un proceso de descomposición. Al mismo tiempo la clase trabajadora ha perdido homogeneidad, se ha diferenciado según la cualificación, el salario y el prestigio y ha aparecido una nueva clase media de burócratas y empleados. Esto ha modificado la estructura de la autoridad y las modalidades de su interrelación de tal manera que la violencia del conflicto industrial ha disminuido considerablemente. A su vez, los sindicatos y las patronales han regulado el conflicto a través de los convenios colectivos y han institucionalizado la lucha por los intereses.

La sociología del conflicto, que había sido aplicada siempre al ámbito de la política y la economía, ha invadido durante estos últimos años otras parcelas de la sociedad para analizar las relaciones raciales y étnicas, entre grupos nacionales, entre sexos, la estratificación social y la relación del hombre con la naturaleza. La lucha por la igualdad ante la ley, por la igualdad de condiciones ante el trabajo entre hombres y mujeres, por la singularidad y la defensa de los rasgos culturales, lingüísticos e históricos ha provocado a veces situaciones no sólo conflictivas sino también revolucionarias. La sociedad moderna se mueve así entre el conflicto, la cohesión, la institucionalización y el cambio.

II. EL CAMBIO: TEORÍAS EVOLUCIONISTAS

El cambio es una característica tan evidente de la sociedad moderna que cualquier teoría social científica, sea cual sea su punto de partida, deberá mencionarlo

más pronto o más tarde. Ahora bien, las formas del cambio social o sus características a lo largo del tiempo han variado mucho en la historia del pensamiento.

El cambio social como concepto que trata de abarcar la dinámica continua de unidades sociales específicas empieza a tomar cuerpo durante la revolución francesa y la revolución industrial en Inglaterra, períodos ambos de extraordinaria actividad que marcan definitivamente el paso de la sociedad estamental a la burguesa o, como se dice también, de la sociedad tradicional a la moderna. Una de las características fundamentales del capitalismo, que lo diferencia fundamentalmente tanto de la Edad Media como del Renacimiento, es su dinamismo y capacidad para generar cambios continuos en la sociedad, lo que ha dado a las personas que lo vivimos una percepción distinta del tiempo.

A partir del siglo XIX el cambio en las sociedades empieza a ser una pauta normal y tanto los filósofos sociales, primero, como los sociólogos, después, comenzaron a reflexionar sobre él, reemplazando las viejas ideas sobre las constantes naturales de la historia y la sociedad con los nuevos conceptos sobre el cambio.

Centrándonos en el campo de la sociología, sus primeros representantes —SPENCER o COMTE— contemplaron el desarrollo de la sociedad como un proceso evolutivo parecido a la evolución de los organismos, es decir, un proceso de crecimiento, de complejidad y diferenciación creciente de las estructuras y funciones sociales, y de una interdependencia cada vez mayor entre las partes diferenciadas. Recordemos que COMTE consideraba a la sociedad de su tiempo como resultado de un proceso evolutivo progresivo, cuyo pensamiento había pasado por tres estadios —el teológico, el metafísico y el positivo— que dieron pie a tres formas históricas distintas de organización social. SPENGLER, a principios del siglo XX, trazó también una visión evolutiva de la historia y de las sociedades y culturas que la componen. Para este autor las culturas aparecen, se desarrollan, llegan a un gran momento de esplendor y después decaen y desaparecen al tiempo que aparecen otras. Es decir que, al igual que les ocurre a los organismos humanos, toda cultura cumple su ciclo vital de nacimiento, infancia, madurez, vejez y muerte. Su tesis, fundamentalmente pesimista, era que nuestra cultura occidental había pasado ya por algunas de esas fases y se encontraba en el período de decadencia.

En el marco de estas teorías evolucionistas y cíclicas que toman en consideración el proceso de desarrollo global de la sociedad podemos situar también a MARX con su reflexión sobre el progreso y la igualdad de las personas. Para MARX el avance hacia la sociedad sin clases se realiza mediante conflictos *dialécticos*, en cada uno de los cuales la clase subordinada derriba a la clase gobernante con el fin de crear una sociedad nueva. Este cambio y evolución de la sociedad no es infinito sino que la revolución de la clase obrera contra la burguesía dará pie a la sociedad sin clases en la que ya no se darán más revoluciones, aunque no estará exenta de conflictos. Se habrá llegado así a una formulación definitiva de la sociedad.

Estas teorías *holistas*, es decir, que engloban el devenir de la historia y de la humanidad como un todo, creen que las fuerzas de la historia que promueven el cambio se originan dentro de la sociedad humana, en su estructura económica y en su cultura. Algunas de estas teorías centran el protagonismo del cambio histórico y social en las esferas *espirituales* del hombre y otras en las *materiales*; algunos estudiosos subrayan como elemento primordial el papel de las ideas, otros el papel de la producción y la economía, algunos se centran en los aspectos culturales y otros en las innovaciones tecnológicas.

Entre los temas más persistentes que aparecen en la literatura evolucionista y neoevolucionista están los que se refieren a la diferenciación, integración y conflicto, y a las relaciones entre ellos. La noción de diferenciación (o especialización) fue central en la obra de Adam SMITH, Karl MARX, Herbert SPENCER y Émile DURKHEIM.

Una forma de organizar el pensamiento actual sobre la diferenciación estructural es configurar las formas en las que este fenómeno ha sido relacionado con la integración y el conflicto. En las teorías de Adam Smith y Herbert SPENCER la diferenciación fue considerada como un principio fundamental del cambio, pero la integración de actividades especializadas no fue problemática en sus teorías porque se la consideró como el resultado que emergía de la agregación de intercambios voluntarios en la sociedad. La diferenciación (la división del trabajo) también jugó un papel central en las teorías de Karl MARX y Émile DURKHEIM. MARX consideró las contradicciones, conflictos, y la desintegración final de la sociedad como resultado de la diferenciación de las posiciones económicas y sociales en los sistemas económicos. DURKHEIM acentuó la necesidad de una integración positiva en una sociedad diferenciada para que la anomia y el conflicto no llegaran a ser endémicos.

Una de las teorías más amplias sobre la diferenciación es la de PARSONS, quien puso gran énfasis en la mejor adaptación social que se consigue con una especialización mayor de los roles, las organizaciones y las instituciones.

Recientemente encontramos en otros autores una gran insistencia en las causas estructurales y los mecanismos de diferenciación. Algunos argumentan que para mejorar la teoría de la diferenciación es necesario un modelo más específico de las etapas de diferenciación general y del proceso social. ALEXANDER, por ejemplo, se centra en el papel clave que desempeñan la guerra y el conflicto. Afirma que la teoría de la diferenciación no ha sido capaz de incorporar las nociones de «represión política», «violencia feroz», «opresión», y «guerra».

Mediante la distinción entre polarización y diferenciación por una parte y las diversas situaciones históricas por otra, ALEXANDER trabaja en un esquema que incorpora *procesos de cambio* tales como revolución, reforma y reacción. Esta atención sobre el conflicto nos recuerda la herencia marxista de la diferenciación como fuente de las contradicciones que desestabilizan y finalmente destruyen una sociedad.

Además de asistir al renacimiento del interés por la diferenciación, que es un fenómeno referido sobre todo al nivel socioestructural, existe también una revitalización del interés por el cambio cultural y por el poder de la cultura como determinante activo del cambio institucional. Esta tradición nos recuerda el trabajo de Max WEBER, quien subrayó el poder dinámico de la cultura, y en especial de la religión, en el cambio social.

Al considerar el cambio cultural distinguimos entre la explicación del cambio cultural en sí y la explicación de otros procesos de cambio que se refieren a la cultura como factor determinante.

La mayoría de los teóricos contemporáneos reconocen que la cultura debería ser considerada como un aspecto analítico distinto de la vida social que debería ser analizado en su propio nivel. Pero el esfuerzo para proseguir el estudio de la cultura, considerada independientemente, se ve obstaculizado por la dificultad de proponer una definición adecuada de cultura y una representación pertinente de sus manifestaciones empíricas. La cultura se presenta así al analista como una esfera de «elementos difusos» (NEIDHARDT).

¿Cómo podemos captar la enorme variedad de las manifestaciones empíricas de la cultura y tratarlas como una totalidad? ¿Cómo debemos afrontar la complejidad de las múltiples culturas, alta cultura, y cultura folk, elite cultural y cultura *underground*, que están presentes en todas las sociedades? ¿O debieran ser consideradas como un mosaico no relacionado? Éstas son algunas cuestiones metodológicas que han planteado problemas a los estudiosos de la cultura.

Otra tradición ha tratado el factor cultural como un determinante en sí mismo, que sirve de fuente constante de presión o como mecanismo de liberación para el cambio de la realidad social. Max WEBER es el ejemplo de este tipo de análisis. Sin embargo, su insistencia sobre «la relación recíproca» entre creencia religiosa y acción económica indica que los mismos cambios culturales tienen, entre sus determinantes, factores socioestructurales.

Las teorías evolucionistas continúan teniendo hoy día sus defensores y, aunque han sido sometidas a críticas, los estudiosos partidarios de esta lectura de la realidad continúan desarrollando sus conceptos. Así, en sus aportaciones más recientes sobre el cambio y evolución de la sociedad tratan de identificar los siguientes elementos: mecanismos desencadenantes del cambio, mecanismos que apoyan el cambio, el estado final del cambio (direccionalidad), y el proceso del cambio considerado como una totalidad.

1) *Mecanismos desencadenantes*. Además de los distintos mecanismos internos (tales como la tecnología, las diferencias culturales, y las contradicciones), SMELSER sugiere que «las relaciones entre sociedades deben ser incluidas como mecanismos desencadenantes». Otros autores se centran en las contradicciones y las tratan como «mecanismos que inician o continúan la comunicación». La comunicación, a su vez, inicia las secuencias del cambio. EISENSTADT, por ejemplo, identifica la «variedad de las estructuras» como un campo que alimenta los conflictos.

2) *Mecanismos de apoyo*. Algunos autores aluden a estos mecanismos en clara referencia a las analogías biológicas. HONDRICH considera la diferenciación y la segmentación de la sociedad por ser «dos principios de evolución opuestos pero que colaboran entre ellos», el primero representa los aspectos dinámicos, innovadores, abiertos y arriesgados de la evolución, el segundo se reserva para la preservación, la estabilidad y la reducción de los riesgos.

3) *Direccionalidad*. Aquí los distintos autores se manifiestan respecto a cuál será el estadio final del cambio o la evolución. Hablan de un *telos* (de contradicciones), el objetivo del cual es reproducir comunicación. Esta corriente fluida de comunicación estructura la realidad social como algo que fluye, como algo que siempre está cambiando. En el nivel de las ideas morales trabajan sobre la presunción de un cambio evolutivo en la conciencia moral.

4) *Proceso global*. Una de las características de la teoría evolucionista contemporánea es que, aun afirmando que los modelos tradicionales de desarrollo sobreviven, existe también una preocupación por las patologías, paradojas, decadencia, disolución y crecimiento de las sociedades (N. ELIAS).

III. TEORÍAS MODERNAS

Estas interpretaciones evolucionistas y globales del cambio no fueron aceptadas por todos. Ya hemos visto que WEBER rechazó las interpretaciones monocau-

sales y era más bien partidario de que los estudiosos trataran de explicitar cuáles eran no las causas sino los condicionantes de la aparición de un fenómeno social o de la «explicación» de un cambio social. Otros evitaron el estudio de la historia en su sentido más amplio y totalizador y se centraron en el cambio de las formas culturales y organizativas de la sociedad tradicional a la moderna. Así TÖNNIES, por ejemplo, contrapuso estos dos grandes períodos de la historia como dos grandes sistemas de cultura: un período de comunidad (*gemeinschaft*) al que sucedía ahora un período de sociedad (*gesellschaft*). En el período anterior caracterizado por la vida en *comunidad* la organización de las personas se caracterizaba por el fomento de la voluntad social en forma de armonía, tradiciones, costumbres y religión, mientras que la *sociedad* actual se asienta en la voluntad social entendida como transacción (contrato), legislación y opinión pública.

Este cambio de comunidad a sociedad llevaba aparejados cambios espacio-temporales. La comunidad tenía como centro la *vida de familia*, en la que el individuo participaba en todos sus sentimientos, y se desarrollaba en medio de las tradiciones y costumbres de la *vida rural* generalmente en su *villa* natal. En la sociedad, sin embargo, la vida del individuo se desarrolla en la *ciudad* donde comparte con los demás un sentimiento *nacional* amparado por una legislación general y un sentido cosmopolita que comienza ya a formarse a través de la expansión de la opinión pública. La comunidad se caracteriza por la economía familiar basada fundamentalmente en la agricultura, mientras que la sociedad se basa en el comercio y la industria, dominados por las leyes del intercambio, el cálculo y la tecnología. En este ámbito se ha estudiado repetidas veces y desde la diversidad de las distintas disciplinas (economía, derecho, sociología, política) el cambio de la sociedad tradicional a la sociedad moderna.

Hemos visto que, en términos generales, la transición de la sociedad tradicional a la moderna implica: 1) una revolución demográfica en la que disminuyeron rápidamente la tasa de defunciones y la de nacimientos; 2) la disminución del tamaño, alcance y permeabilidad de la familia; 3) la apertura del sistema de estratificación a índices de movilidad mucho más altos; 4) la transición de una estructura tribal o feudal a una burocracia de tipo democrático o totalitario; 5) la disminución de la influencia de la religión; 6) la separación entre educación, familia y vida de comunidad, la prolongación y enriquecimiento del proceso educativo, la creación de escuelas y universidades; 7) el nacimiento de una cultura de masas y la creación de los medios de comunicación; 8) la aparición de una economía de mercado.

Estos cambios que se produjeron a lo largo del siglo XIX y comienzos del siglo XX continúan su expansión y han dado pie a nuevas formas de vida que tienen ya muy poco que ver con las anteriores. La sociedad moderna se ha convertido en una estructura continuamente cambiante frente a la rigidez que caracterizaba a la sociedad tradicional en sus lazos familiares, en su capacidad de cambiar de status, en la secularización de todos sus valores. Todas estas manifestaciones externas de cambio han puesto de manifiesto dos características fundamentales que diferencian la sociedad moderna de la tradicional y son la *capacidad de generar cambio* y como consecuencia la distinta *percepción del tiempo* que tenemos ahora los seres humanos. Características que, a su vez, abonan cada día el cambio social en toda su extensión.

Esta situación dificulta la elaboración de una teoría adecuada del cambio social, de la misma manera que no existe una teoría global o plenamente desarrollada de

la sociedad. Por eso los autores modernos han formulado teorías parciales o aspectos concretos del cambio pero no una teoría general del cambio. Así por ejemplo DAHRENDORF proporciona una teoría parcial del conflicto y del cambio en las sociedades industriales modernas a base de analizar algunos de los mecanismos que los provocan, como la educación, la autoridad o la desviación.

C. W. MILLS, en la línea de quienes han querido continuar en la gran teoría, asigna un papel considerable a los factores políticos —normativos y coercitivos— y considera las elites políticas, militares, religiosas, como fuerzas de cambio. Más recientemente HABERMAS, en su intento de formular una crítica general de la sociedad moderna, fundamenta las posibilidades del cambio social en la relación intercomunicativa de los seres humanos. Solamente si somos capaces de erradicar la falsa percepción de la realidad que pervive en nuestro proceso comunicativo seremos capaces de cambiar los presupuestos de nuestra comunicación actual sembrada de falsas imágenes, errores y distorsiones.

En una revisión reciente de las teorías contemporáneas y descendiendo a su aspecto más analítico, STRASSER y RANDALL han tratado de fijar las características que se han de estudiar en todo tipo de cambio social que pretenda explicar los procesos de largo alcance. Así, una teoría del cambio debe contener tres elementos relacionados entre sí, que son: 1) los determinantes estructurales, 2) los procesos y mecanismos del cambio social, y 3) la dirección del cambio.

1) *Determinantes estructurales* del cambio social, tales como los cambios de población, los desastres ocasionados por la guerra o las tensiones y contradicciones de las sociedades.

2) *Procesos y mecanismos* del cambio social, incluyendo los mecanismos precipitantes, los movimientos sociales, los conflictos políticos y la actividad empresarial competitiva.

3) *La dirección* o direcciones del cambio, incluyendo los cambios estructurales, sus consecuencias y efectos.

Ahora bien, muchos de estos procesos analíticos están poco estudiados y son poco conocidos. Esto se debe, en primer lugar, a que los cambios sociales no pueden ser explicados mediante teorías monocausales; sin embargo, este tipo de explicaciones todavía sobreviven de una manera u otra. La segunda razón por la cual el estudio del cambio social está poco desarrollado es que quienes aceptan la necesidad de explicaciones multicausales se enfrentan a la tarea de clasificar el enorme arsenal de elementos causales, mecanismos, procesos y consecuencias que toman parte en la acción social, y convertirlos en modelos en los que sean suficientemente complejos, interactivos y predictivos.

Entre las teorías actuales que tienen mayor predicamento están las que figuran bajo el nombre de *modernidad*, que acoge también términos como desarrollo o progreso. Estas teorías incluyen el desarrollo tecnológico, el desarrollo político y organizativo, el desarrollo de la producción y en general analizan el bienestar social. Ahora bien, bajo el epígrafe de modernidad subyacen diferencias teóricas en su interpretación que van desde las lecturas optimistas a las más pesimistas. Para algunos el cambio moderno ha sido un cambio hacia el progreso y el bienestar de las sociedades más desarrolladas del que se han beneficiado poco a poco los países en vías de desarrollo. Para otros, sin embargo, los cambios hacia nuevas tecnologías

y formas de vida han traído otras formas de dominación y de pobreza que se ocultan bajo la apariencia del bienestar y el consumo.

IV. FACTORES, CONDICIONES Y AGENTES DEL CAMBIO

Los primeros sociólogos que se interesaron particularmente por la evolución social, buscaban describir y explicar las tendencias seculares de la sociedad y de la historia, y bajo ese prisma contemplaron y definieron la mayor parte de las veces el contenido y los mecanismos del cambio social. Más tarde la sociología y muchos de sus representantes más significativos han establecido una distinción entre evolución y cambio social (ROCHER). Existe un consenso generalizado sobre el concepto de evolución social, que se define como el conjunto de transformaciones que conoce una sociedad durante un largo período de tiempo, es decir, durante un período que sobrepasa la vida de una sola generación o de varias generaciones. La evolución social se refiere entonces a lo que podríamos llamar «tendencias seculares» que no se pueden observar a escala reducida pero que aparecen cuando se adopta una perspectiva a largo plazo.

El cambio social, sin embargo, consiste sobre todo en transformaciones observables y verificables durante períodos cortos de tiempo. Un observador puede, durante su vida o un breve período de ella, seguir el desarrollo o conocer el resultado de uno o varios cambios sociales. En ese sentido la microsociología, que observa fenómenos limitados y sociológica y geográficamente localizados, ha hecho aportaciones interesantes en el estudio de los cambios de las ciudades, los procesos productivos, las funciones de la familia o las formas de comunicarse.

Siguiendo a ROCHER, podemos definir el cambio social como: 1) un fenómeno colectivo, es decir, que debe implicar a una colectividad de individuos o grupos; 2) ha de comportar un cambio de estructura, una modificación de la organización social en su totalidad o en algunos de sus componentes; 3) se ha de identificar la duración temporal que ha supuesto dicho proceso; 4) las transformaciones observadas en el cambio han de tener cierta permanencia en el tiempo, por lo tanto no se pueden considerar pasajeras. Resumiendo podemos decir con este autor que cambio social es toda transformación observable en el tiempo que afecta de alguna manera, que no sea provisional o efímera, a la estructura o al funcionamiento de la organización social de una determinada colectividad y modifica el curso de la historia.

Hoy día todos los estudiosos concuerdan en reconocer que el cambio social es siempre el producto de una *pluralidad de factores* que actúan simultáneamente y que interactúan unos con otros. *Los factores* más conocidos y estudiados son: la demografía, la economía y la tecnología como elementos vinculados al proceso productivo; los valores, las ideologías y las creencias religiosas, como elementos vinculados a la cultura de los pueblos. Estos factores de cambio provocan en la mayor parte de los casos conflictos sociales protagonizados por los grupos profesionales, étnicos, sindicales o por los movimientos sociales (ecologistas, pacifistas, feministas, generacionales) que actúan como agentes del cambio.

Ya hemos visto en capítulos anteriores la importancia del factor demográfico en la composición de la sociedad. El volumen y la densidad de la población actúan como elementos estabilizadores o como palancas de presión en la creación de pue-

tos de trabajo, en la demanda de recursos productivos o en la necesidad de inversión en estructuras sanitarias, escolares, de los medios de comunicación. La composición de la población —sea ésta joven o envejecida— influye considerablemente en el dinamismo profesional, cultural y creativo así como en el potencial productivo para la creación de riqueza.

Los movimientos migratorios han sido factores muy importantes en el cambio de las sociedades; pensemos, por ejemplo, en la gran emigración hacia América a finales del siglo XIX, o en la emigración del sur de Italia y España hacia el Norte industrial en la década de los años sesenta de nuestro siglo. En el primer caso la mezcla de razas, el enorme contingente de jóvenes que desembarcaron en América y las expectativas que la emigración lleva consigo generaron un aumento considerable de dinamismo industrial, un intercambio de valores, un enfrentamiento de mentalidades, de conflictos étnicos, generacionales y de grupos de interés. En Italia o en España las grandes ciudades se proletarizaron, contribuyeron a la formación de los grupos de interés y con el tiempo alcanzaron un bienestar generalizado.

Actualmente los movimientos migratorios, sobre todo de los países más atrasados —África, Asia— hacia los más adelantados —Europa, Estados Unidos— continúan siendo factores fundamentales del cambio. Las grandes ciudades europeas y, poco a poco las medianas, continúan recibiendo población que emigra de sus países en busca de trabajo y de mejores condiciones de vida, y a pesar de que las ciudades han alcanzado ya un cierto grado de cosmopolitismo, estos grupos humanos no dejan de generar problemas de escolarización, de racismo, de confrontación de valores que influyen tanto en las estructuras sociales —la escuela, por ejemplo— de las sociedades que los reciben, como en los valores de tolerancia, acogida o rechazo de sus habitantes.

Es tan importante el factor demográfico como elemento de cambio que los países desarrollados tienen una legislación dedicada a regular este fenómeno a fin de poder controlarlo y evitar que constituya un problema permanente de conflicto de residencia, de trabajo y de valores de los inmigrados respecto a la población autóctona. Estas leyes suelen ser normas de defensa y protección contra la inmigración masiva, que tratan de regular el flujo de entrada para ajustarlo a las necesidades del país de acogida.

La tecnología, el descubrimiento y la continua aplicación de nuevas técnicas al proceso productivo y a las tareas de la vida cotidiana es considerada como uno de los factores más importantes del cambio tanto en el aspecto material como en el de los valores. El proceso de industrialización ha recorrido el hilo del desarrollo tecnológico desde la máquina de vapor hasta la energía atómica, pasando por la electricidad y las innovaciones en el sector químico hasta llegar hoy día al uso particular de los ordenadores, las cintas magnéticas o la comunicación por cable. Los procesos de concentración urbana en las ciudades, la producción asistida por ordenador o el transporte aéreo han sido posibles gracias a la electricidad, la termodinámica y la electrónica.

Todo el conjunto de la vida humana y social ha sufrido el impacto de la revolución tecnológica y lo continúa sufriendo, lo cual ha modificado y sigue modificando la vida familiar y religiosa, la profesión y el trabajo diario, la literatura y las artes. Quizá sea la tecnología el elemento que más nos transmite la sensación del cambio continuo de la sociedad, y nos da también una visión distinta del tiempo. En pocos años la tecnología ha transformado el mundo rural, ha dejado obsoletas

las viejas culturas tradicionales, abre poco a poco al desarrollo a los viejos países y continentes, ha barrido las fronteras de la comunicación a través de la imagen y se está convirtiendo en la base y sustento de un lenguaje común e internacional.

La tecnología no sólo modifica y homogeneiza el proceso productivo, sino las condiciones de trabajo y, en los países desarrollados, el consumo. Modifica la interacción entre las personas y los grupos humanos (el teléfono, la televisión, el ordenador) y por tanto las formas y los contenidos de la comunicación como elemento simbólico de la vida cultural de los hombres. No sabemos cómo evolucionará el proceso del desarrollo tecnológico, pero sí podemos afirmar que continuará afectando a la organización, la producción, la comunicación y la vida social de los seres humanos.

Otro elemento importante del cambio —sobre todo para la corriente de pensamiento marxista— son *los factores productivos* y las relaciones de producción que conllevan. Las relaciones sociales entre las personas —ya lo hemos visto al hablar de MARX— están íntimamente vinculadas a las fuerzas productivas y a las relaciones materiales que entre ellas se establecen, por tanto en la medida en que cambian estas relaciones materiales de producción cambiarán también las relaciones sociales que están implicadas en ellas. Puesto que estas relaciones de producción conllevan el dominio de unos hombres sobre otros a través de la propiedad de los medios sólo un cambio en la propiedad y el dominio llevará a un cambio en las formas de producir y en sus consecuencias.

Esta tesis, quizá demasiado determinista, ha sido revisada por los neomarxistas, sobre todo porque también han cambiado sustancialmente las condiciones sociales y el contexto en que se produjo esta teorización de la sociedad. Aun así se concede una importancia fundamental como elemento de cambio social a la actitud, los movimientos y la política del capital y los capitalistas, de sus intereses, prioridades y fines.

No cabe duda de que en una sociedad capitalista uno de los elementos protagonistas del cambio es el propio capital en su versión financiera, industrial o comercial. El movimiento de capitales, las inversiones, las fusiones y los intereses de los grandes grupos internacionales y las compañías generan cambios en los asalariados, en la legislación laboral, en la orientación económica e incluso en el equilibrio comercial y económico entre los diversos países.

Desde el punto de vista cultural ya vimos la tesis de WEBER sobre la importancia de la religión y de los valores éticos como condición y caldo de cultivo necesario para el nacimiento del capitalismo. *Las ideas*, por tanto, ejercen muchas veces una fuerte influencia sobre el cambio social en la medida en que proyectan valores a través de los cuales se orienta la conducta económica y política de las personas. Todos somos portadores de una *ideología* determinada, es decir, de un sistema de ideas y juicios organizados de manera general y explícita que sirven para describir, explicar, interpretar o justificar la conducta o la situación de un individuo, un grupo o una colectividad, de sus valores y de su orientación en la acción social.

La ideología comporta juicios de hecho y juicios de valor; juzga la realidad describiéndola, la explica juzgándola. Las ideas explican la dominación, el subdesarrollo, por qué un país va hacia la ruina, por qué hace falta cambiar de gobierno. La ideología no es una explicación científica de la realidad sino una explicación psicosocial porque explica, justifica y juzga a través de los valores en que cree y se apoya, que son comunes al grupo al que se pertenece.

Para los marxistas la ideología es un tipo de explicación de la realidad social basada en la posición que ocupa cada individuo en la sociedad y en la defensa de sus intereses, por tanto es una percepción falsa de la realidad ya que se oculta detrás de los intereses del grupo.

Las ideologías han ido tomando cuerpo y consistencia, entre las personas y los grupos sociales, como explicación de la realidad a medida que ha disminuido la influencia de la religión como elemento explicativo.

Los agentes promotores del cambio son múltiples y en función de su peso en la sociedad cobran mayor o menor importancia. A título de ejemplo enumeraremos sólo unos cuantos: los grupos profesionales (médicos, docentes, funcionarios); las elites sociales (religiosas, militares); los sindicatos, los grupos de presión (patronales, medios de comunicación) y los diferentes movimientos sociales.

Los grupos profesionales han adquirido consistencia como agentes de cambio a medida que la sociedad en su aspecto productivo se ha hecho más corporativa y por tanto algunos colectivos profesionales, en base a la importancia que la gente otorga a su profesión, se han convertido en grupos que pueden influir en determinadas áreas que inciden en el cambio social, como la sanidad o la educación.

Las *elites de poder* son grupos con una cierta similitud de ideas, mentalidad e intereses que, como consecuencia del poder que detentan o de la influencia que ejercen pueden contribuir al cambio social en una colectividad, ya sea por las decisiones que toman o por las ideas y valores que simbolizan.

Los *sindicatos* son organizaciones de trabajadores claramente estructuradas e identificables, que tienen por principio agrupar a sus miembros para la defensa y promoción de sus objetivos, principalmente de carácter laboral, como el salario, las condiciones de trabajo, etc. Estos movimientos tienen un carácter fundamentalmente reivindicativo. Los sindicatos han sido y son el más importante de todos los movimientos sociales, tienen una gran tradición histórica como representantes de los intereses de la clase obrera y actualmente se les considera como un grupo integrado en la acción política de un país, sobre todo en los países desarrollados. Su acción a lo largo del siglo xx se ha convertido en uno de los motores más importantes del cambio social y el que más ha contribuido a cambiar las condiciones humanas de las sociedades avanzadas.

Los *movimientos sociales* actúan, en general, en nombre de valores superiores como la igualdad, la paz, la naturaleza y casi siempre en favor de los intereses de una gran colectividad o de la sociedad en general, por el interés nacional, el bien común, la libertad humana, el bienestar colectivo o los derechos humanos.

Los grupos de presión utilizan su acción para ejercer influencia sobre los poderes públicos, para hacer triunfar sus aspiraciones o reivindicaciones. Su importancia está en función del número de miembros, de su peso social, de su capacidad financiera, de su organización, de su incidencia bien en los poderes públicos directamente, bien a través de la opinión pública. Entre los grupos de presión adquieren especial relevancia hoy día los medios de comunicación que son quienes generan e impactan en la opinión pública. Los medios de comunicación, sobre todo en algunos países de bajo nivel de lectura y educación, se convierten en los protagonistas y árbitros de la situación pública. Con los grandes medios (televisión, prensa, radio) en la mano manejan a su antojo la opinión de los ciudadanos y ejercen una gran influencia en los organismos del poder.

Por último, algunos autores piensan que la modernidad es el primer tipo de

sociedad que se reproduce a sí misma y los *nuevos movimientos sociales* son la fuerza decisiva en este proceso. Hablar de nuevos movimientos sociales implica la categoría de «viejos» movimientos sociales. Quienes se sitúan en esta tradición conciben los viejos movimientos como aquellos que están asociados con el sistema de clases del capitalismo industrial, con el liberalismo y el movimiento obrero. Los nuevos movimientos sociales se basan menos en la distinción de clases, como son el movimiento feminista, los distintos movimientos étnicos, ecologistas y pacifistas.

A los viejos movimientos sociales se les ve generalmente como aquellos que representan la lucha por el poder y el control sobre la organización de las condiciones de vida; por eso se les concibe generalmente como de carácter fundamentalmente economicista. Durante estas últimas décadas han perdido fuerza y esta pérdida ha sido atribuida al aumento de la prosperidad durante largos períodos, a las políticas del Estado del Bienestar y a la incorporación de estos movimientos en la actividad de los partidos políticos y del Estado.

Mientras los viejos movimientos sociales centran su actividad en la sociedad industrial y en el proceso del trabajo, los nuevos se asocian a la sociedad postindustrial y a fenómenos que se dan fuera del proceso productivo. Así los nuevos movimientos sociales luchan a favor de la creatividad cultural, la autonomía y la capacidad de actuar en todos los aspectos de la experiencia humana, por eso hoy día son considerados como elementos fundamentales del cambio social. Pero otros estudiosos no ven en los nuevos movimientos sociales un factor de cambio porque son protagonizados fundamentalmente por la pequeña burguesía que lo único que desea es proteger sus formas de vida. De ahí que se les considere como el intento de controlar de manera diferente la regulación profesional de la sociedad con respecto a la salud, al uso de la naturaleza, la estética y, en general, todo aquello que se refiere a la idea de una calidad de vida mejor.

BIBLIOGRAFÍA

- COSER, L. A.: *Las funciones del conflicto social*, FCE, México, 1961.
DAHRENDORF, R.: *Clases y conflicto de clases en la sociedad industrial*, Rialp, Madrid, 1962.
EISENSTADT, S. N.: *Modernización. Movimientos de protesta y cambio social*, Amorrortu, Buenos Aires, 1968.
ETZIONI, A.: *Los cambios sociales*, FCE, México, 1968.
GONZÁLEZ SEARA, L.: *La sociología, aventura dialéctica*, Tecnos, Madrid, 1976.
NISBET, R., y otros: *El cambio social*, Alianza, Madrid, 1979.
REX, J.: *Problemas fundamentales de la teoría sociológica*, Amorrortu, Buenos Aires, 1968.
ROCHER, G.: *Introducción a la sociología general*, Herder, Barcelona, 1985.
SOLÉ, C.: *Modernización: un análisis sociológico*, Península, Barcelona, 1976.
SZTOMPKA, P.: *Sociología del cambio social*, Alianza, Madrid, 1996.